

Escuchemos a los que quedan vivos

Carlos Alberto Giraldo M.

Let's listen to those who are still alive

Abstract

In Colombia's internal war, where State officials and Commanders of illegal armed groups are the 'spokesmen' through which the conflict is interpreted, there is a need for journalism that looks to the victims, the civilian population. This view is more than a simple criterion lending validity to information. It must correspond to an ethical and human position that defends life and sides with those who are humiliated.

Key words: Journalism and armed conflict.

Escuchemos a los que quedan vivos

Resumen

En la guerra interna que vive Colombia, en la cual funcionarios estatales y comandantes de grupos armados ilegales tienen la *vocería* frente al desarrollo e interpretación del conflicto armado, se reclama un periodismo que vuelva sus ojos hacia la población civil víctima de la confrontación. Esa posición, más que un simple criterio que dé validez informativa, debe responder a una postura ética y humana de ponerse del lado de quienes son humillados, y de defensa de la vida.

Palabras clave: Periodismo y conflicto armado.

Carlos Alberto Giraldo M.

Egresado de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín). Cuatro veces ganador del premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar (1992, 1996, 1997 y 2000) y dos veces ganador de los premios de la Sociedad Interamericana de Prensa, SIP (1993 y 1997) en las categorías Mejor Cubrimiento de una Noticia y Derechos Humanos. Finalista del Concurso de Crónica y Reportaje de la Universidad de Antioquia (1998). Finalista en 2001 de la categoría prensa escrita del premio de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano. En la actualidad, editor del Área de Paz y Derechos Humanos del periódico *El Colombiano* (Medellín), al que está vinculado hace once años.

Correo electrónico: carlosg@elcolombiano.com.co

Escuchemos a los que quedan vivos*

Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas en la almohada, como los varones de Juan de Castellanos: las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra (...) Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos.

José Martí, *Nuestra América*

La gente aún no se descubre en la radio ni en la televisión ni en los periódicos de mi país, la mitad de ella apenas aparece convertida en un objeto de mercadería en las noticias, envuelta por la sangre y la moda, mientras que la otra mitad la escucha, la ve y la lee, absorta, indignada o indiferente, porque los periodistas y los medios no alcanzamos a comprender la profundidad del dolor y del heroísmo con que este pueblo se mantiene en pie, a la espera de que pase la guerra o de que alguien acoja sus palabras en medio del fuego.

Decía el escritor polaco Ryszard Kapuscinski en una de sus intervenciones en la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano (Fnpi), que para él “es fundamental que un reportero esté entre la gente sobre la cual va, quiere o piensa escribir. La mayoría de la gente en el mundo –y en Colombia, por supuesto– vive en duras y terribles condiciones y si no las compartimos no tenemos derecho, según mi moral y mi filosofía, a escribir”.

Hace dos años tropecé con una señora que resguardaba a sus hijos en una casa que era de un solo y pequeño cuerpo

* Esta reflexión fue escrita en octubre de 2001 y presentada por el autor dentro de los actos académicos realizados en conmemoración del Día del Periodista, a los que fue invitado por la facultad de Comunicación Social de la Universidad Autónoma de Bucaramanga (UNAB), en febrero de 2002.

de ladrillos, en una vereda olvidada del municipio de San Carlos, en el Oriente del departamento de Antioquia. A esa hora el hambre acosaba y tras intercambiar un par de palabras con ella, sin conocerme y sin que su analfabetismo le permitiera leer el aviso de prensa de mi chaleco, aún temerosa por el recuerdo del trueno de las balas de un combate entre el Ejército oficial y la guerrilla, que perforó los techos de la escuela vecina, la señora nos dio pan y chocolate. Y cuando apenas alcanzábamos a dar el primer bocado supimos que era lo último que quedaba en la alacena. A esa clase de gente, a la que me refiero y describo, que también hace parte de este país, los medios de comunicación y en especial los más poderosos y masivos le deben una explicación de por qué sólo cuentan en las estadísticas, en las encuestas que responden minorías; porqué sólo puede verse y contarse esa gente en las palabras ajenas de los funcionarios, en las justificaciones inverosímiles de la violencia que ejercen los grupos armados.

En esta jornada, a propósito de que estemos convocados para pensar en la convivencia y los medios de comunicación, nada más pertinente, para tener conciencia de las páginas desechadas de los periódicos, de los minutos desperdiciados de la radio y de los carretes de cinta malgastados de la televisión, que pensar en los discursos repetidos y vanos, siempre interesados y dóciles, de *funcionarillos* y modelos, mientras que esa gente, como aquella señora generosa y agobiada, espera hallar a alguien que la escuche y multiplique sus pedidos y su voz, que también describen y explican esta patria.

Nada más pertinente que analizar la tarea de los medios informativos que, aunque afanados por mejorar, no dejan de cumplir una labor insuficiente en un país perdido en la complejidad y en el vértigo de la guerra y de sus mortíferos desentendimientos y diferencias.

Recuerdo que hace un año, por ejemplo, un noticiero de televisión privada dedicó diez minutos de su emisión (la

cuarta parte) a la boda del ex presidente Belisario Betancur con la señora Dalita Navarro. Ese mismo día habían caído en combate con la guerrilla, en el municipio de Dabeiba (Antioquia), más de 35 soldados. Y aunque los reporteros regionales del noticiero llegaron al lugar de los hechos, e incluso consiguieron los testimonios de familiares de las víctimas, y aunque tenían equipos para transmitir en directo, los editores y el medio optaron por los chismes y la transmisión en vivo de las nupcias del ex presidente y de la desesperada búsqueda de unas pestañas postizas para la señora Navarro, por las calles de Bogotá, dado que escaseaban unas que se ajustaran al color de sus ojos y sus cejas.

En unos días se cumple también un año de haber escuchado a una colega, muy respetada y querida por cierto, que decía que “si el periodista hace bien su trabajo no afecta ni mejora el proceso de paz”. Se refería al proceso de paz en sí mismo, es decir, reducía la paz al formalismo de la dinámica del proceso de negociación entre gobierno y guerrilla.

En esa manera de entender el conflicto social y armado quedaba por fuera del contexto de la guerra y la paz el amplio espectro de los hechos y voces que precisamente pueden dar la dimensión de lo que ocurre en el país y que para la mayoría de los medios son materia de desecho porque no incluyen pronunciamientos de personalidades, criterios de expertos y esas frases de cajón de quienes a diario nos prometen salvar al país de su tragedia.

Pregunta Jan Schaffer, directora del Centro de Periodismo Cívico Pew, de Estados Unidos: ¿puede haber un periodismo que no sólo le brinde a la gente noticias e información sino que también le ayude a cumplir su tarea como ciudadanos? ¿Que no sólo produzca el espectáculo cívico insólito del día sino que en realidad desafíe a la gente a participar e intervenir y asumir responsabilidad con los problemas? ¿Que no los coloque sólo como espectadores, sino también como participantes?

En tal sentido, retomando una frase más de Schaffer, se busca un periodismo que trate de “proyectar conocimientos, no sólo acontecimientos informativos”, que además se salgan –y aquí cabe particularizar el caso colombiano– de ese marco estrecho de la guerra, la paz y su cubrimiento periodístico, definido hasta hora por lo que piensan sus “fuentes dominantes” respecto de las posibilidades de entendimiento y reconciliación entre los colombianos.

A la manera del polaco Ryzard Kapuscinski, hablaríamos de la gratificante y dispendiosa tarea de hacer un periodismo que tienda puentes, que ayude a comprender y a comprendernos en medio de la inclemencia con que deviene todos los días la realidad del país. Y ese periodismo es el que sabe reconocer y servir al público las percepciones y los discursos de los actores que ostentan el poder armado y político, pero también las impresiones de aquellos sujetos sociales que pasan de ser centro de la noticia a periferia informativa en minutos, en horas, en condición de desplazados, secuestrados, desaparecidos o muertos.

En un país en guerra, en un país en el que la gente sufre y sobrevive sacando de sí lo mejor de su arrojo, es improbable que la prensa ayude a la convivencia y al entendimiento si sigue desconectada de esas luchas marginales y anónimas que a diario dan miles de colombianos, entre ellos 26 millones de pobres, según datos sobre pobreza en el país entregados por la Comisión Económica para América Latina (Cepal). Algo tiene que brotar a diario de esa masa de necesidades, y hay que descubrirlo e informarlo, como causa de la violencia y como llamado de conciencia a los demás, para que entiendan que su responsabilidad de solucionarlo es cada vez más ineludible.

No estoy invitando a un periodismo de misioneros ni de pobres ni lastimero ni exclusivamente de violencia y de violentos. Se trata de ejercer, en un país que exige una gran dosis de sensibilidad y de paciencia, un periodismo menos arrogante y a la vez menos frívolo. Un periodismo que entienda lo modesto de su misión, pero también lo profundo

de sus responsabilidades con su tiempo y con millones de personas que lo necesitan. “No hay ninguna profesión en la que se dependa tanto de otros (...) Ahora, la preocupación de los medios de comunicación no es con el cubrimiento, sino es la lucha entre ellos por la competencia. Ya no miran si pasó algo importante, miran dónde están los demás para que no se les adelanten”, apunta Kapuscinski.

Y ese desprecio periodístico por abordar los hechos en su integralidad, afanado por las primicias, sin escuchar a la gente, sin permitirle que se exprese acerca de todas estas cosas bárbaras que ocurren en Colombia, se torna en riesgo para la búsqueda de la verdad, para acercarse a los acontecimientos no sólo con el perfil de sus apariencias sino de sus conexiones esenciales y de su contexto histórico, cultural, económico y político. Ese periodismo que sutil y riesgosamente se aleja de una verdad completa, de una verdad diversa, se acerca peligrosamente a servir de instrumento a la no convivencia, a ser escenario de disputas y antagonismos.

Hoy, cuando en Colombia además ocurren infortunados fenómenos de concentración del poder y del discurso informativo (cabe reseñar la reducción e inminente desaparición de las emisiones de noticieros en los canales estatales de televisión y la crisis de *El Espectador*, por ejemplo), hay que abocar por el estímulo de un periodismo que se salga del estrecho esquema impuesto por los medios privatizados y mercantilizados en todas sus ofertas y funciones.

“Las presiones comerciales también deterioran el periodismo investigador. La necesidad de una gran cantidad de tiempo y de recursos humanos y financieros para el periodismo investigativo está en conflicto con las expectativas y ganancias y el control de los costos de producción”, anota Silvio Waisbord, autor del texto *Periodismo Vigilante en Sudamérica: Noticias, Responsabilidad y Democracia*.

Esta carencia de investigación periodística original, observa Jaime Abello Banfi, director de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, trata de ser compensada con el

periodismo de registro; la banalización de los hechos de violencia, de manos de los análisis de escritorio; la retórica pacifista y la circularización de la misma información de la radio a la prensa y de ésta a la televisión.

Los medios que cubren nuestra realidad llegan en tropel a los escenarios en los que ocurren las noticias, pero no rastrean esos escenarios mismos, no los auscultan. Los presentan al televidente, al oyente o al lector como mero decorado de hechos fríamente seleccionados para asegurar audiencia, no comprensión, para atraer por la vía de las reacciones primarias, no por la del discernimiento. Y siempre se quedan con la moda de la chaqueta del funcionario, pero ninguno se mete la mano al chaleco a ver qué esconde o qué tapa o qué huele mal. Se deslumbran con los camuflados y las órdenes perentorias para alinear en las ruedas de prensa de los grupos armados, pero ninguno les reclama que se quiten el fusil y que no sólo den parte de guerra o lean boletines de propaganda odiosa.

Kapuscinski describe esa manada en su ensayo sobre la manera como los medios reflejan la realidad del mundo: “Importantes equipos de *enviados especiales* recorren el mundo. Forman una gran jauría, en el seno de la cual cada reportero vigila al otro. Hay que tener la información antes que el vecino. Por eso, aunque varios acontecimientos se producen simultáneamente en el mundo, los medios sólo cubrirán uno: el que haya atraído a toda la jauría”.

Así pasa en Colombia: todos los reporteros se paran en la competencia por cuidar que su micrófono se vea claramente en las imágenes, escuchan a los mandos de los ejércitos regulares e irregulares, detallan las escenas de los crímenes que aquí abundan, retoman a los representantes del gobierno central, quienes dicen, de nuevo, que esta vez actuarán “de manera exhaustiva”. No miran qué atropellos sepultan ya las pilas de cadáveres, las historias comunitarias que se elevan al olvido con los ranchos humeantes y no escuchan a las víctimas que reclaman justicia y que quieren contar los hechos, dar su versión, para que no sea sólo la de sus

verdugos y la de los forenses la que explique su sangre, nuestro desangre.

Hay que mantener, con el ánimo de la convivencia en una sociedad altamente radicalizada, polarizada y emotiva, un periodismo de reflexión que impida que se impongan sólo las verdades de quienes protagonizan y propician la guerra por acción u omisión, de quienes, en últimas, están en evidente contravía de la democracia, de los derechos humanos y de la justicia.

No se trata de que el periodismo, como tarea explícita, tenga la obligación perentoria de contribuir a la paz, de hacer pedagogía o sociología. “Que no sea pastor de almas”, como diría en buen castellano Miguel Ángel Bastenier, jefe de Relaciones Internacionales del diario *El País*, de Madrid. Pero sí hay que intentar que esos efectos, que esas repercusiones, deriven de un ejercicio informativo responsable, mínimamente ampliado al conjunto de los ciudadanos, a la diversidad de fuentes, sobre todo a aquellas ubicadas en la periferia del poder político y económico, pero metidas en el centro, en el ojo mismo del conflicto social y armado, que pueden darnos una lectura más amplia e incluyente, más favorable a la convivencia de la sociedad colombiana.

Hace un año y cuatro meses, en la Serranía de San Lucas, en el sur del departamento de Bolívar, un hombre de manos callosas, con la piel cuarteada por el sol sobre el arado, me preguntaba si los señores de la guerra cuando dicen que quieren una patria libre la quieren libre pero de campesinos. Y me pregunto, parodiándolo, si los medios y los periodistas también concebimos una prensa libre... de campesinos, de obreros, de marginados, de los hombres y mujeres comunes y corrientes que sufren la mayor parte de esta guerra y que, por fuerza de esa negación y ese olvido, pueden precipitarse y precipitarnos a ella.

Vuelvo a Martí, en enero de 1891, a sus palabras tan vigentes, para pensar que podemos hacer un periodismo consciente de las diferencias, amplio de mentalidad y generosos para presentar a la patria de cuerpo entero: “Los

que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, o el de casa chica, que le tiene envidia al de casa mejor, han de encajar, de modo que sean una, las dos manos”.

Es necesario, para fomentar la convivencia desde el periodismo y la prensa en Colombia, así lo pienso, que hablen en los medios los que quedan vivos, sobre todo los más indefensos y débiles, al paso de esta larga noche de sangre. Es posible que así, algún día, nos conozcamos más y nos tratemos mejor.

Contenido

| | Pág. |
|---|------|
| Presentación | 5 |
| La responsabilidad individual - La vuelta a la racionalidad de emisores y receptores Francisco Gómez Nadal | 9 |
| Las siete trampas capitales contra el periodista (y el buen periodismo) Juan Gonzalo Betancur B. | 25 |
| Los retos para periodistas que cubren el conflicto armado El caso del nororiente colombiano Mary Correa Jaramillo | 51 |
| Escuchemos a los que quedan vivos Carlos Alberto Giraldo M. | 75 |